

El último folleto...

biblicom.org

Cada domingo, después de la reunión de oración, un hermano iba con su hijo de 11 años al centro de la ciudad a repartir folletos sobre el amor de Dios por los hombres. Un domingo por la tarde, había llegado de nuevo el momento de salir con los folletos. Pero hacía mucho frío fuera y llovía a cántaros. El niño se puso la chaqueta y dijo: “Ya estoy listo, papá”.

Su padre le preguntó: “¿Listo para qué?”.

“Papá, es hora de ir a repartir folletos”.

Su padre le respondió: “Hijo mío, hace demasiado frío fuera y, además, llueve a cántaros”.

El niño miró a su padre con sorpresa y le preguntó: “Pero papá, ¿la gente va igual al trabajo cuando llueve?”

Su padre le respondió: “Yo no salgo con este frío, hijo”.

Entristecido, el niño preguntó: “¿Puedo ir yo, papá?”.

El padre dudó un instante y luego dijo: “Si quieres ir, ve. Aquí tienes los folletos. Ten cuidado”.

Así, el niño de 11 años salió bajo la lluvia torrencial. Pasó por delante de cada puerta de la ciudad y entregó sus folletos a todos los que encontraba. Después de caminar durante horas bajo la lluvia, estaba completamente empapado, pero aún le quedaba un folleto.

Se detuvo en la esquina y buscó a alguien a quien darle el último folleto, pero las calles estaban desiertas.

Entonces se dirigió a la primera casa que vio, caminó hasta la puerta y llamó al timbre, pero nadie abrió. Volvió a llamar una y otra vez, pero seguía sin abrir nadie. Finalmente, el niño se dio la vuelta para marcharse, pero algo lo retenía. Por última vez llamó al timbre y golpeó con fuerza la puerta. Esperó. Algo le empujaba a quedarse allí, delante de la puerta, esperando. Y por fin la puerta se abrió muy despacio. Apareció una anciana, que parecía muy triste. Ella le preguntó: «¿Qué quieres, muchacho?».

Con una sonrisa, que de repente pareció iluminar todo el universo, el niño le dijo: “Siento molestarla, señora, pero quería decirle que el Señor Jesús la ama muchísimo”.

y he venido a darle mi último folleto, en el que podrá leer todo sobre el Señor Jesús y Su gran amor”.

Le entregó su último folleto y se dio la vuelta para marcharse. Ella lo llamó y le dijo: “¡Gracias, muchacho! ¡Y que Dios te bendiga!”

El domingo siguiente, tras el culto, su padre preguntó: “¿Hay alguien que quiera dar su testimonio o decir algo?”

Una anciana, que estaba sentada en el último banco de la iglesia, se levantó lentamente. Comenzó a contar: “Nadie me conoce aquí, nunca había venido. Hasta el domingo pasado no era cristiana. Mi marido falleció hace algún tiempo y me sentía muy sola. El domingo pasado, en un día frío y lluvioso, había decidido poner fin a mi vida. Ya no tenía esperanza ni ganas de vivir. Así que cogí una cuerda y una silla y subí al ático. Fue entonces cuando me sorprendió de repente el timbre.

Me pregunté quién podría ser. Pensé: “Esperaré un minuto y luego, sea quien sea, se irá”. Esperé, pero el timbre no dejaba de sonar; y luego la persona empezó a llamar a la puerta. Pensé: “¿Quién puede ser? Hace mucho tiempo que alguien no llamaba al timbre y, además, hace un día tan frío y lluvioso»”

Dejé de intentar quitarme la vida y fui a la puerta a ver quién era. Mientras tanto, llamaban cada vez más fuerte a la puerta. Cuando abrí la puerta y vi quién estaba allí, no daba crédito a mis ojos. Delante de mi puerta había un niño que irradiaba una luz como nunca había visto. Su sonrisa... ¡ay, no sé cómo describirla!

Las palabras que salían de su boca dieron un impulso a mi corazón, que llevaba mucho tiempo muerto, cuando dijo: “Señora, he venido a decirle que el Señor Jesús la ama mucho”.

Y me entregó el folleto que tengo aquí conmigo.

Como el niño había desaparecido entre el frío y la lluvia, cerré la puerta y leí el folleto.

Después subí al ático y cogí la cuerda y la silla. Ya no las necesitaba. ¡Ya lo pueden ver ustedes mismos, aquí estoy ahora! Como la dirección del grupo de oración estaba en el reverso del folleto, vine personalmente aquí para dar las gracias a ese único hijo de Dios, que me salvó la vida justo en el momento adecuado”.

Todos los miembros del grupo de oración tenían lágrimas en los ojos. El orador se dirigió al primer banco, donde estaba sentado su hijo. Lo abrazó y lloró.

Quizás nunca hayan vivido un momento así y probablemente nunca haya habido un padre que amara tanto a su hijo y que estuviera tan orgulloso de él. Excepto uno: ese Padre también permitió que Su Hijo fuera al mundo frío y oscuro.

Recibió a su Hijo de vuelta con un gozo indescriptible. El Padre sentó a su Hijo en el trono más alto y le dio el Nombre que está por encima de todo nombre.

Transmitan este mensaje. Piénsenlo: puede marcar la diferencia en la vida de alguien a su alrededor: “El Señor Jesús te ama”.

«Porque Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna» ([Juan 3:16](#)).